

Hechos tan recomendables por su propia naturaleza, los he considerado siempre como dignos de los mayores premios.....”

La memoria de los caudillos de la independencia en Jalisco, se ha perpetuado con más ó ménos justicia: á la villa de Zacoalco se le llama *Zacoalco de Torres*, por el héroe de aquel nombre y Ahualulco de Mercado se denomina la población en donde se rebeló el benemérito cura D. José María Mercado; pero los modestos nombres de Castellanos, de Santa Anna y de Rosas vivirán siempre en la memoria de los que aprecien debidamente las virtudes cívicas, aunque sean víctimas de la oscuridad y del olvido. Esos nombres son el timbre glorioso de los pueblos del Chapala y de la raza indígena que al producir tales hombres, es merecedora de la estimación y el respeto. Su indisputable mérito y relevantes servicios al país, bastan por sí solos para realzar á esos héroes, por lo que día vendrá en que conociendo debidamente su patriotismo, valor y sacrificios, las generaciones futuras les den en nuestra historia el lugar que de toda justicia les pertenece.

Los hechos referidos, que demuestran una abnegación y constancia de que solo son capaces las almas nobles, son dignos de un poema, y se conocen en la historia patria con el nombre de “*Guerra de Mexcala.*”

D. PEDRO MORENO.

“Aquel bizarro insurgente
Que fué gloria del Sombrero,
El compañero de Mina,
El que brilló en los Remedios,
El asombro de Jalisco,
La joya de los lagüeños

La guerra de las montañas puede decirse que es la última manifestación de la defensa del derecho y de la justicia en todas las naciones; porque cuando el espíritu perseguidor se desata contra sus defensores, cuando hay necesidad de confiar el triunfo á algo inesperado, como el despertar de un pueblo, solo en las altas cumbres de los montes se encuentra el más seguro refugio.

Después de los desastres y de las decepciones, el espíritu de libertad se remonta en busca de un asilo y de una esperanza, y las montañas le ofrecen uno y otra; porque mientras sus riscos y sus barrancas le prestan apoyo, sus habitantes la defienden, pues parece que más se ama la libertad donde más se la comprende, y es donde Dios se muestra más grande en sus obras, donde más se aprecian sus dones.

España no contó su triunfo de Covadonga como la expresión de la reacción patriótica y venturosa, sino después de haber registrado en sus anales la infausta rota del Guadalete, como resultado de la traición y de la indiferencia egoísta.

Pasaron en México los rudos combates del Monte de las Cruces, de Aculco y Calderón, y cuando las apiñadas muchedumbres habían sido dispersadas por la disciplina de un ejército; cuando la traición había sentado sus reales en las filas insurgentes, y cuando habían rodado en afrentoso cadalso las venerandas cabezas de los iniciadores de la independencia, el espíritu de conservación y la esperanza del triunfo, hicieron remontarse á los que aquella bandera defendían á los fuertes y á los cerros.

Apareció Zitácuaro como núcleo revolucionario á la par que como fortaleza inexpugnable; mas cuando la estrella victoriosa de Calleja posóse sobre sus cumbres, la idea de independencia, entre el humo del combate y la sangre de las víctimas, se replegó á Sultepec, á Chilpancingo, á Apatzingán y á Jaujilla, á pesar de la saña que los vencedores arrojaban sobre las ruinas, como para destruir el germen que en vano tra-

taban de extinguir, y que de entre sus mismas manos se escapaba!

Los combates de las llanuras fueron sustituidos por la guerra de las montañas, y una tras otra aparecieron fortalezas y trincheras donde antes eran desiertos y nidos de águila. Tras de Zitácuaro apareció El Sombrero, y Los Remedios y Cópore, y Barrabás, y Cerro Colorado, y Boquilla de Piedra.

Jalisco en ese segundo periodo, en ese tiempo de desastres, y de expectativa, de abstención y desgracia, en el cual era más preciso que nunca redoblar los esfuerzos para mantener vivo en los pechos el fuego sacro del patriotismo y de la independencia, no careció de notables acontecimientos, ya que había sido ilustrado por hazañas como la de Zacoalco, esfuerzos como el de Calderón, sacrificios como el de Mercado y nobles principios como el de la abolición de la esclavitud, que acababa de decretarse en su misma capital.

Jalisco entonces, tras de las olas del Chapala, improvisó una fortaleza en Mexcala, y en las cumbres de la sierra de Comanja levantó el fuerte del "Sombrero."

D. Pedro Moreno fué el heroe jalisciense que inmortalizó este sitio con sus hazañas.

Había nacido en la hacienda de La Daga, perteneciente á Lagos, el día 18 de enero de 1775, hijo de D. Manuel Moreno Verdín y de D. ^{ca} Rosario Gonzalez, quienes por sus recursos pecuniarios y por su educación, ocupaban en aquella sociedad uno de los primeros puestos.

Pasaron los años, y cuando se proclamó la independencia, encontraron á D. Pedro Moreno dueño de las haciendas de la Saucedá, de Matanzas de abajo y del rancho de Coyotes, y entregado al comercio, después de haber estudiado en el Seminario de Guadalajara, Latinidad, Filosofía y algo de Jurisprudencia, distinguiéndose en su carrera y sustentando actos públicos y lucidos exámenes.

Entró en relaciones con los insurgentes de Apatzingán en el año de 1812 y amante del engrandecimiento y de la autonomía de su patria, olvidando riquezas y reposo, se arrojó en el torbellino revolucionario á principios del año siguiente.

Estaba casado con D. ^{ca} Rita Pérez, quien siendo natural de S. Juan, vivía en Lagos con sus hijos, de los que el mayor, D. Luis, solo contaba 12 años de edad, mientras la menor, Guadalupe, cumplía año y cuatro meses

Digno de notar es que la distinguida esposa de Moreno no tratara de disuadirlo de sus patrióticos propósitos, ni se arredrara ante la magnitud de los peligros, ni vacilara en presencia de los sacrificios que tenía que imponerse desde luego. Mujer de corazón, supo correr la suerte de su esposo á quién siguió siempre en sus campañas y en medio de las penalidades sin cuento que por todas partes vinieron á probar el temple de su alma; jamás se la vió desmayar ni procurar inducirlo á la vida egoísta y retirada.

Tres años y medio duraron las campañas de Moreno, las que dieron principio con la insignificante acción de Piedras Coloradas, en donde, mandando poco más de cien hombres, fué derrotado por el Comandante D. Santiago Galdamez al frente de una compañía de soldados del interior, llamados *panzas* porque usaban unos grandes chalecos encarnados.

Retiróse el nuevo insurgente á reorganizar sus huestes, y como su vencedor lo persiguiera con afán, volvieron á encontrarse en el rancho llamado de las Jaulas, donde Moreno tuvo la satisfacción de ver huir á su enemigo.

En 12 de Junio de 1814 se aproximó á Lagos y á dos leguas de distancia en un sitio llamado

hacienda de los Ranchos logró encerrar á Galdamez con 150 hombres, mas la proximidad á que se hallaba el Comandante D. Hermenegildo Revuelta hizo que pudiera enviarle á toda prisa un auxilio de 200 caballos y poco después otro de 130 infantes con el cual lograron salvar la situación haciéndoles á los reveldes un prisionero, según su propio parte, que fué inmediatamente fusilado.

Empezó el año de 1815 bajo buenos auspicios para el defensor de la libertad de su patria, pues aunque el día 10 fué derrotado en la Saucedá por la división de Revuelta, después, perseguido por éste, se hizo fuerte en un punto llamado el Zapote, logrando hacerlo retroceder y tiroteándolo "por cosa de dos leguas" según se expresa en el documento inserto en la "Gaceta del Gobierno de México" (tom. VI núm. 711). Ya se conocía desde entonces la importancia del caudillo, como lo revelan estas curiosas palabras de Brilanti: "Creído (demuestra buen criterio) que el rebelde Moreno estaría á una vista de los suyos, en la retaguardia, di orden al teniente de esta villa D. F. Aldana que con 30 hombres (para qué eran tantos?) *no atendiese á otro objeto que á Moreno*, (importaba el asunto) si lo veía y lo persiguiese

hasta alcanzarlo; (parecía cosa facil) pero este astuto (no era pues tonto) malvado (á mucha honra) luego que vió avanzar nuestra caballería se separó solo (qué cobardía!) y se ocultó en un bosque (¡y lo vieron!) de suerte que la partida no llegó á descubrirlo" (¡y lo acababan de ver solo!)

De nuevo se encontraron aquellos combatientes el lunes 20 de marzo en el Ojo de agua donde volvió la victoria á mostrarse esquiva á los realistas, pues terminantemente dice su comandante que "la posición ventajosa que tenían sus contrarios; el tener yo toda la tropa cansada y muy estropeada la remonta, me retrajo de hacer tentativa alguna para atacarla, particularmente por ser ya tarde."

Tanto incremento tomó aquel grupo, que en el mes de noviembre hizo el bravo Brigadier Negrete una expedición en combinación del Coronel Orrantía, desde San Pedro Piedra Gorda hasta los pueblos del Rincón y la Sierra de Comanja, sin más resultado que aprehender á algunos de los perseguidos que por cansancio corrieron esa suerte, siendo luego fusilados, y tan inútil fué aquella expedición realista, que apenas se habían retirado, cuando Moreno unido á Hermo-

sillo, Santos Aguirre, San Román y otros, atacó las cercanías de Lagos el primero del mes siguiente de diciembre.

Pero ninguno de tan repetidos combates revisió la importancia de la defensa que hizo Moreno el 23 de enero de 1816 del Fuerte del Sombrero. Atacólo Brilanti en combinación con Negrete y á pesar de haber hecho un empuje extraordinario, tuvo que retirarse con mil pérdidas. Nada pinta mejor el valor de los insurgentes y lo reñido del asalto como la noticia que el jefe realista rindió á D. José Gayangos, Comandante de Zacatecas, la cual dice entre otras cosas: "... Estos obstáculos que observé desde corta distancia no me parecieron inexplicables, y receloso de que los enemigos aumentasen su fortificación me resolví á atacarlos, aprovechándome de la buena disposición de la tropa, y al efecto, después de haber dejado 30 dragones á mi retaguardia, y nombrando 50 hombres de reserva, dividí la demás tropa en cuatro trozos que puse á cargo de los tenientes D. José María Colonio, D. José Antonio Vizcarra, D. Mateo Ahumada y alférez D. Pablo Rodriguez con sus correspondientes subalternos, y habiéndoles hecho las prevenciones que juzgué más oportunas, los mandé avan-

zar, y para que pudiesen con más facilidad abrirse paso por el bosque y trincheras, procuré distraer á los rebeldes, haciéndoles fuego con la reserva y cañón desde la loma inmediata. Ellos no cesaban de hacer fuego con un pedrero y con 40 fusiles, y de arrojar una multitud de piedras, de las que tenían un grande acopio. Las guerrillas del Sr. Negrete que cubrieron por el lado opuesto y todo se lo permitía lo escarpado del terreno, mataban ó apresaban á los que huían del fuerte. Parte de mi tropa hacía fuego, mientras que otra se abría paso, y los rebeldes para impedirselo incendiaron las trincheras y doblaron su actividad en su defensa, tanto que muchos soldados fueron allí heridos. La canalla viéndose sin esperanza de salir se decidió á defenderse hasta lo último. Mi tropa no desmayó y se abrió paso por entre las llamas y más de 20 reunidos con los tres oficiales, avanzaron hasta el parapeto gritando vivas al rey. El tiroteo de los cazadores de Toluca por la parte opuesta me empeñaba más en la acción, creído de que pronto encumbrarían, pues ignoraban que les era imposible.

Lo embarañado del bosque y trincheras, impidieron formar la tropa y atacar por varios puntos,

y fué preciso desfilar por uno solo, por cuyo motivo cargaron allí su fuerza y fueron recibidos por lanzas y pedradas, á cuyos golpes pusieron muchos en el suelo. Los que les sucedían se ocupaban, unos en retirar á sus compañeros y otros en hacer fuego para defenderlos. A este tiempo pude penetrar con parte de la reserva y con ella me dirigí al mismo punto, al que no pude llegar por haber caído la mitad de la tropa que iba á mi lado.

Los Sres. oficiales ya no se conocían sino por el vestido; estaban desfigurados por los golpes recibidos en la cara y la sangre que les corría por ella no les permitía articular palabra. Por todos lados veía heridos, y á pesar de conocer que los enemigos se hallaban en peor situación, creí que debía suspender el ataque y salvar á la tropa, para cuyo efecto mandé que el alférez D. Pablo Rodriguez fuese á formar á un lado del bosque para proteger la retirada. Hice recoger los heridos, dispuse que el teniente D. José Medina y el subteniente D. Felipe Legaspi reuniesen la tropa que iba saliendo de la acción; envié unas guerrillas á recorrer el monte y no me retiré con la reserva de las inmediaciones del fuerte hasta que tuve aviso de no faltar cosa alguna

y que la tropa se hallaba en orden de marcha. Esta la emprendí por la difícil barranca del Ojo de Agua, por donde me dejaron pasar los rebeldes sin incomodarme por no habérselo permitido desde luego la multitud de muertos y heridos que tuvieron. En el plan de la cañada me reuní al sargento mayor de Nueva Galicia que por orden del expresado Sr. Negrete había quedado esperándome con la caballería para apoyarme, y con él continué la marcha hasta esta hacienda, sin haber ocurrido novedad alguna en el camino.

En el choque que he tenido han muerto el alférez de N. V. D. Pablo Rodriguez, 1 cabo y dos soldados; del batallón de esa ciudad han resultado 20 heridos y muchos contusos; pero nada ha quedado en poder del enemigo.

Repitiéronse los encuentros entre Moreno y los soldados de Calleja, ora con el Comandante D. Antonio de Soto en las cercanías de Leon el 13 de marzo de 1816, ora contra Revuelta y Cedillo en las Minas el 7 de abril, ó en la Saucedilla el 18 de agosto; ora con el teniente coronel D. Pedro Monsalve el 9 de septiembre y en multitud de partes, revelando así su incansable actividad.

Así pasaron los primeros años de lucha en encuentros insignificantes, hasta que el nuevo alid, comprendiendo la necesidad de formar un centro de operaciones militares, á la vez que un baluarte donde pudiera defender con éxito su causa, hizo fortificar el cerro del "Sombrero" en la Sierra de Comanja, llamado así por la forma que presenta. Dista once y media leguas al Oriente de Lagos, y seis leguas al Norte de León, y como se encuentra en el centro de la expresada serranía, está rodeado de algunas eminencias que lo dominan, como la mesa de las Tablas, que está situada al Norte, á distancia de un tiro de fusil, y otras, de las cuales lo separan barrancas y arroyos, como la Mesa de los Borregos, que se halla al Este, mediando la profunda barranca de Barbosa; el cerro de Negrete al Sur y el cerrito del Comercio al Oeste, del que está separado por la barranca del Rincón. "Reduciase, dice Robinson en sus memorias, á una altura de quinientos pasos de larga, en dirección de N. á S. y elevada cerca de mil piés sobre la llanura de León.

Al Norte había un sendero estrecho, al borde de un precipicio, por cuyo medio se unía la altura á una serie de colinas, una de las cuales domina-

ba el fuerte á distancia de un tiro de fusil. Esta sola circunstancia bastaba para no poderlo defender contra un serio ataque; pero Moreno se creía muy fuerte, por haber rechazado á los realistas en una tentativa que hicieron para entrar. Al Este, el fuerte estaba separado de los montes por un profundo barranco. Al Sur el declive de la altura era muy rápido, y al Oeste la bajada al llano áspera y difícil. Por la parte del Sur salían al llano dos estrechas veredas: al fin de la que se unía al fuerte, en un espacio de cincuenta pies de ancho, había un muro mal construido. Flanqueábanlo dos baterías no muy bien planteadas, en cada una de las cuales solo había un cañón que dominaba la mayor parte de la vereda y el declive, pero no podía enfilarse el barranco. Esta era la única entrada regular del fuerte. En el lado opuesto había una elevación cónica, coronada por una obra de un cañón que dominaba también la vereda. El fuerte se hallaba también defendido hasta cierta distancia, por rocas perpendiculares y precipicios, y por un muro bajo construido más allá: pero la verdadera defensa era el violento declive de los montes. La artillería consistía en diez y siete piezas, viejas, malas y casi echadas á perder, de calibre de dos á ocho.

La casa del comandante, los almacenes, hospital, y la mayor parte de las habitaciones de los soldados, estaban á la parte del Sur de la elevación cónica. Había además algunas chozas entre las rocas del fuerte. El mayor de todos sus defectos era la falta de agua, pues la guarnición tenía que proveerse de un arroyo, que estaba á la estremidad del barranco, á cerca de ochocientos pasos de los muros."

Por espacio de cerca de dos años se mantuvo Moreno en aquella posición que le servía de punto céntrico y cuartel general de sus operaciones, motivo por el cual el Gobierno mostró tanto empeño en apoderarse de ella.

Apenas habían comenzado las campañas del patriota lagüeño y ya los pesares habían acibarrado su corazón. A fin de estar expedito con su esposa para expedicionar á toda hora, habían tenido necesidad de abandonar á su pequeña hija la niña Guadalupe, que sólo contaba año y medio de edad, confiándola en la hacienda de Cañada Grande al cuidado del padre D. Ignacio Bravo, que á sus buenos sentimientos reunía las circunstancias de ser amigo de Moreno y adicto á la causa independiente. En abril de 1815 trataron de sorprender al caudillo los realistas

Brilanti y Alvarez, quienes aunque no lograron su intento, si se apoderaron de la pequeña niña, la cual tomó Brilanti en sus brazos salvándola del furor de su compañero que empeñosamente quiso que se la matara, estrellándose su furor y su venganza ante la energía de aquel, que tuvo que decirle; "Ni un grano de maiz he tomado de esta hacienda; nada más que esta niña. Ella es mi prisionera y vd. no tiene ningún derecho sobre ella."

El que trataba de matarla era el mismo cura Alvarez, que había merecido el apodo de *chicharronero* por la bárbara costumbre que tenía de quemar á sus prisioneros, costumbre que bien se adunaba con el no menos bárbaro deseo de matar niños!

Aquel jefe realista que supo salvar de una muerte segura á la desventurada niña, encariñóse con ella y la hizo su cautiva, tratándola como si fuese hija suya. Habríase hecho acreedor á una memoria grata, si cegado por su pasión política, no hubiera querido, ofendiendo los sentimientos de la naturaleza, afeard la conducta del padre ante los ojos de la hija.

Mandóle hacer un escudo de plata, que hizo que llevara siempre al pecho, con ésta ridícula

inscripción: "Me salí de entre los insurgentes por servir á la Monarquía Española."

Un año después, cuando el General Cruz le propuso á Moreno el indulto, lleváronle el pliego al Fuerte del Sombrero, el Padre D. Pedro Vega y D. José María Gómez; y como se rehusara á aceptar aquel humillante perdón, le instaron recordándole que en ello se interesaba su amor paternal hacia la niña Guadalupe, á quien por ese medio podría recobrar. Entonces el héroe respondió con entereza, que aun tenía cuatro hijos de quienes podían apoderarse, pues estaba dispuesto á sacrificarlos todos en aras de la patria.

Al poco tiempo, su hijo Luis, que sólo contaba 15 años, moría, peleando como un héroe, en unión de D. Juan de Dios, hermano de D. Pedro, combatiendo en la Mesa de los Caballos, al lado de Encarnación Ortíz!

Con todo esto, llegó día en que á pesar de sacrificios y esfuerzos, de ilusiones y esperanzas, la causa revolucionaria se vió en completa decadencia. No sucumbieron los Guerrero, ni los Victoria, los Alvarez ni los Terán, los Moreno ni los Ortíz; pero sí obtuvieron indulto Rosains y Ramón Rayón, Serrano y Espinosa, Aguilar y Villagrán.

Mas vino entonces un nuevo episodio á renovar la lucha, siquiera fuese para que á la hora de la victoria se contaran mayores merecimientos, ya que no se obtuvo el triunfo desde luego, por más que se contara con él en un principio. D. Javier Mina con el valor propio de los descendientes de Megara el invicto de Numancia, y de los defensores de Gerona, con el entusiasmo por la libertad propio de Catón, y con la actividad de César, apareció en la historia como un redentor, para tornarse al día siguiente en víctima.

Aquel joven guerrero, que contaba solo 27 años de edad y había prestado ya grandes servicios á España, peleando contra los franceses desde que la invadieron en 1808, hasta que fueron arrojados por el valor de sus hijos y la victoria de los Arapiles, sufría en Londres las amarguras del destierro á que lo condenara su amor á la constitución de 1812 y la ingratitud y el despotismo de Fernando VII. Trabó allí relaciones con el Padre Mier, que á fuer de buen mexicano, estimuló á aquel fogoso liberal para que viniese á México á ayudar á los independentes á sacudir el yugo borbónico, y Mina que acostumbrado estaba á pelear por la independencia y por la libertad, se prestó gustoso á defender en Amé-

rica la misma causa que tanto le debió en España.

“Republicano de corazón, escribía con justicia el P. Mier, idólatra de la libertad, adherido á nuestra causa por convicción de principios, animado por el grito unánime de sus compatriotas más ilustres, y creyendo como ellos que en América se ha de conquistar la libertad de España, reúne un candor de corazón admirable á una claridad de talento muy grande, una rectitud de intenciones á una docilidad que encanta y á un profundo desinterés. Su odio al despotismo y al Gobierno militar, su amor al orden y al Gobierno civil, su actividad y atención á todo, la regularidad de sus costumbres, la civilidad de sus modales y una figura agraciada, ganan las voluntades é inspiran á todos una confianza sin límites.”

Así era en efecto, y aunque dió en llamársele *el traidor Mina*, tal concepto debe estimarse como dictado de las pasiones políticas, porque como expresa muy bien el historiógrafo de su expedición, “creía como muchos filósofos ilustres y como los más sabios españoles, que los tesoros del Nuevo Mundo habían ejercido un influjo funesto en la prosperidad y en la gloria de Espa-

ña; por consiguiente no se le puede acusar de haber obrado contra su país. Tampoco era de su obligación prestar obediencia á Fernando á quien miraba como un enemigo político. No se unió con los enemigos de su patria como Coriolano, ni se vendió á una Corte extranjera como Eugenio. Frustrada su empresa de restablecer la libertad en España, consagró su brazo á la defensa de la libertad en América.”

Tan exacto era esto “que habiéndole propuesto armar corsarios, ¿qué razón teneis, respondió, para pensar que Javier Mina quiere despojar á sus inocentes compatriotas? Yo hago la guerra contra la tiranía, no contra los españoles.”

Salió de Liverpool el 15 de mayo de 1816, con dirección á los Estados Unidos, acompañado del P. Mier y de 22 oficiales españoles, ingleses é italianos, y después de diversas contrariedades, gracias á la generosidad de Mr. Denis Smith, que logró reunir un cuantioso donativo del comercio de Baltimore para la proyectada expedición, pudo salir para Puerto Príncipe. Después de nuevos trabajos y dilaciones, se dió á la vela en Galveston á bordo del buque *Cleopatra* con otras seis embarcaciones, llegando á la barra del río Bravo del Norte el 12 de abril de 1817, mar-

chando en seguida á Soto la Marina, que fué abandonada por el Gral. D. Felipe de la Garza. El 24 de mayo salió Mina para el interior, al frente de 320 hombres, apoderándose de 700 caballos mansos que el Coronel Quintero tenía en su hacienda del "Cojo" para las tropas realistas. Con una actividad que apenas puede compararse con su audacia, llegó al Valle del Maíz, donde el 8 de junio derrotó al capitán Villaseñor que trató de cerrarle el paso, librando siete días después la famosa batalla de Peotillos, en la cual venció al Coronel Armiñan, con su ejército formado de más de 2.100 soldados, cuando el suyo apenas llegaba á la octava parte, coronando su obra con apoderarse á viva fuerza de Real de Pinos que defendió el Subdelegado López Portillo.

Siguió su marcha triunfal, y habiéndose unido por primera vez con una partida de caballería insurgente, acaudillada por D. Cristóbal Nava, pasó por los Altos de Ibarra guarnecidos por el Coronel Ruiz y el Teniente coronel Orrantía, quienes no se atrevieron á detenerlo. Dirigióse al Fuerte del Sombrero, dando aviso anticipado al comandante D. Pedro Moreno, quien lo recibió muy bien el día 24 de junio, terminando así

su no interrumpida marcha de 220 leguas por entre fuerzas enemigas, durante 30 días, en cada uno de los cuales, con excepción de uno solo, no había hecho mas de una frugalísima comida. Aquel invicto grupo se componía de 320 hombres, entre quienes se encontraban 25 heridos.

A los tres días de llegado al Sombrero recibió Mina aviso de D. Encarnación Ortíz, de que iban sobre él dos brigadas mandadas por el Coronel D. Cristóbal Ordóñez y el Comandante General del Bajío D. Felipe Castañón, por lo que al punto salió á su encuentro acompañado de D. Pedro Moreno, que llevaba un destacamento de 50 infantes y 80 lanceros mandados por Ortíz, con el cual destacamento, llegaba la fuerza total á 380 soldados. Pernoctaron en Aldabalda y el día 28, cerca de San Felipe, en un punto llamado S. Juan de los Llanos, Los Arrastres, ó rancho del Terrero, como le llama Moreno, se encontraron con la brigada realista, fuerte de 650 hombres. Unos cuantos minutos duró la carga dada por los insurgentes con tal brío, que los hizo dueños del campo en el que quedaron tendidos Ordóñez, Castañón y Calderón con 300 soldados, habiendo ocurrido la notable circunstancia de que los artilleros realistas cargaron los cañones con pesos

duros por no tener á la mano la metralla. Mina, generoso y justiciero, llenó de elogios á Moreno y á sus patriotas compañeros por su brillante comportamiento.

Ufanos y llenos de gloria regresaron ambos caudillos al Fuerte del Sombrero, de donde dió aquel su parte á la Junta de Gobierno con fecha 1.º de julio, volviendo á salir á los pocos días, porque supo que los ciento y tantos soldados que acababan de escaparse en el último combate, se habían fortificado en la Hacienda del Jaral, con los milicianos y criados que mandaba el Marqués del mismo nombre.

Era este D. Juan Moncada, riquísimo propietario, descendiente de españoles, pero mexicano de nacimiento, que llevado de su aborrecimiento á la causa de Hidalgo, había procurado su exterminio por cuantos medios estaban á su alcance, ora levantando tropas á sus expensas, ora haciendo cuantiosos donativos á los realistas, ora, en fin, tomando él mismo las armas y haciendo de su propia hacienda un baluarte fortificado de la tiranía.

A la aproximación de las tropas de Comanja, huyó Moncada con sus soldados, encargando á su capellán que recibiese á Mina y le suplicase

que no hiciese daño á sus propiedades. Cumplió el padre con su encargo; mas habiéndole denunciado al joven navarro, que en una pequeña pieza contigua á la cocina, se había enterrado una gran cantidad de dinero, mandó hacer una excavación, y cuando ya llevaba una profundidad considerable, una palada de tierra arrojada por los excavadores hacia arriba, en la cual iban muchos pesos sueltos, anunció que habían encontrado lo que buscaban.

La noticia del hallazgo se difundió al punto entre la tropa; así es que luego se aglomeró un inmenso gentío que quería ver aquella aventura con sus propios ojos, siendo tal el tumulto, que hubo que colocar dobles guardias en la pieza, en la que solo permanecieron Moreno, Ortíz, tres oficiales del Estado Mayor del Gral. en Jefe y los operarios.

Sacóse hasta la suma de \$140,000 la cual fué trasportada inmediatamente al Sombrero, cargándola en cuatro carretas tiradas cada una por catorce bueyes, hasta un punto llamado San Bartolo, en donde se cambió á un hatajo de burros que la condujeron hasta el Fuerte. Iba el valioso convoy escoltado por lanceros; pero como caminaban de noche y por entre la sierra, fácilmente